

La virtud de educar

Adriana Hidalgo Fuentes (UNAM-facultad de filosofía y letras)

> **El escenario educativo**

La educación impartida en las Instituciones es un tema recurrente en la actualidad, los noticieros, los políticos, los propios representantes de esas Instituciones hablan públicamente de la crisis en la que se encuentra inmersa la educación en México; constantemente se nos hace ver que no está respondiendo a las exigencias del mundo actual, un mundo que se encuentra en constante movimiento, un mundo que se presenta maravillosamente evolucionado sobre todo en avances científicos y tecnológicos, al tiempo que parece ir en sentido contrario en aspectos de capital importancia como la moral, la cultura y la comunidad.

El aula, como espacio educativo, es el escenario donde se lleva a cabo parte del proceso educativo, que debe tener como uno de sus objetivos el de “formar” a los estudiantes no sólo en lo académico, también en lo concerniente a su relación con el mundo y su cultura. Dentro de este espacio formativo conviven diversos actores, no sólo profesor y estudiantes, sino todos aquellos que se relacionan socialmente con los principales participantes, además del medio o contexto donde se localiza el escenario, a este respecto Gadamer nos dice también que cada individuo es participe, responsable y creador de su propia educación.

La adolescencia es precisamente una etapa de formación, donde la educación adquiere gran relevancia, en referencia a María Zambrano (2007), la adolescencia es el periodo en que el ser humano empieza a constituirse como tal, es la época donde nos topamos con la creatividad, con la soledad que sirve para desarrollar nuestro ser creativo, el lapso de tiempo que nos proyecta hacia la realidad con la oportunidad de transformarla, de interpretarla, así que, este nuevo matiz en el escenario del vacío e indiferencia puede transformarse en un aliciente para el docente de filosofía, un estímulo que puede tener como modo de aplicación la dirección de habilidades o virtudes de esos alumnos, tales como la crítica y la reflexión propias de la filosofía, pero igualmente propias del ser humano.

> **La virtud de educar**

Se puede definir la virtud diciendo que es una propiedad disposicional que la persona adquiere, y que la capacita para hacer bien una cierta actividad. Y se puede entender la

educación como suscitar y promover las virtudes en el individuo a partir de él mismo (Arriarán y Beuchot, 1999:11)

Dentro del aula, el docente es el que posee la virtud de educar ya que cuenta con la disposición de ir perfeccionando su labor de enseñanza, entendiendo enseñar como transmitir los conocimientos adquiridos, el alumno puede acceder a esos conocimientos a través de interiorizar la virtud demostrada por el docente, de practicar al mismo tiempo sus virtudes o potencialidades, que se transformen en actos, en referencia a la idea que se tiene desde Sócrates de que la virtud no se enseña, se muestra y se adquiere a través de ejercitarla.

El docente es el mediador entre el conocimiento y el alumno, el docente es el medio por el cual se reflexionan, entienden y transmiten los valores de una sociedad, si esos valores se transmiten o acercan al alumno desde una postura crítica, entonces, se está educando, ya que para hacerlo se tiene que interpelar al conocimiento igualmente del alumno (conocimiento no sólo teórico, sino práctico y social) en una construcción del individuo, con miras a una educación integral, en este sentido, volvemos a encontrar la virtud, es decir, el maestro desarrolla su potencialidad para hacer que el que está frente a él ponga en marcha sus capacidades y que con estas pueda entender e interpretar la realidad, dejando de lado el mundo de indiferencia en que se encuentra sumergido.

La “vocación” o virtud para educar, le permite al maestro mediador del conocimiento acercar al otro con otros seres humanos incluyéndolo, a hacer la labor de la libertad y de la significación de lo que conoce, esa vocación que le permite saber lo que enseña y cuál es la intención frente a los conocimientos que transmite, la labor humanamente trascendente, la esperanza que es el motor que mueve el conocimiento y la trascendencia del ser humano (Zambrano, 2007), enseñar o aprender son una práctica constante que requiere entender qué se quiere transmitir o en qué se quiere educar, para el maestro que pretende ser virtuoso en la enseñanza de la filosofía, es muy importante darse cuenta desde dónde va a arrancar esta labor, empezar por saber ¿Qué es filosofía? ¿Qué se pretende enseñar y para qué? Las condiciones en las que debe transmitirse la filosofía, es decir, la intención y la postura ante la transmisión de este tipo de conocimiento, ubicar y entender el contexto en que pretende desarrollar su virtud.

La labor del maestro consiste en hacer un puente entre la teoría y la práctica, es decir, tener bien asidos los conocimientos teóricos, en este caso los filosóficos y conectarlos con la realidad, acercar al alumno al cuestionamiento de esta partiendo de la realidad misma, un vínculo que permita que la filosofía teórica se relacione directamente con la práctica, para que adquiera una significación en la vida de quien está aprendiendo.

El profesor de filosofía, debe volver significativos los conocimientos, lograr que los alumnos reconozcan que no hay verdades absolutas, que el pensamiento filosófico se construye a través de una labor conjunta, en un proceso que permita desarrollar las potencialidades tanto

del docente como del joven, así también el maestro debe ser “virtuoso” en la creación de escenarios adecuados donde se pueda preguntar , donde cada pregunta filosófica vaya formado un sentido, que lleve a quien lo recibe a cuestionarse, pero en la ruta de la reflexión.

Lograr adecuar su formación pedagógica a las necesidades del aula, saber interpretar e interpretarse en el otro, para superar los obstáculos que no permiten a los jóvenes entender la filosofía como un saber actual y útil en sus vidas, crear un ambiente de confianza necesaria para preguntar , para dialogar, para encontrar sentido.

› ***La virtud del diálogo para enseñar filosofía.***

La transmisión del conocimiento ha tenido una herramienta fundamental para su difusión, el diálogo, la educación a través del lenguaje ha logrado la comunicación entre las sociedades, la propagación de las ideas, los valores, la identidad que se adquiere al verse en el otro, al cuestionarse a sí mismo en relación con los demás se logra a través del diálogo, por eso el docente debe ser capaz de educar por medio de este, debe ser capaz de entender a los demás a la par de su cultura, a este respecto Gadamer nos dice que el diálogo es la herramienta principal que permite educarnos desde el momento mismo de nuestro nacimiento, el lenguaje, nos pone en contexto a la vez que ejerce una influencia muy importante en nuestro pensamiento.

El diálogo es una herramienta de confrontación y esta confrontación sirve al maestro para educar, con el diálogo el maestro conduce a la transformación de los pensamientos de los alumnos, es decir, utiliza su virtud para interpretar y transmitir en un proceso relacional, en un ambiente didáctico, donde el puente entre teoría y prácticas filosóficas se encuentran en situaciones reales, analizando, discutiendo y argumentando, por medio de preguntas propias de la juventud, pero también de la filosofía, así el diálogo le proporciona al maestro la posibilidad de enseñar en contexto, de entender a sus alumnos, a la institución y a todos los participantes del proceso educativo en su contexto.

La educación es el ámbito adecuado para la realización de la reflexión filosófica, porque el salón de clases permite al profesor de filosofía la aproximación al conocimiento de los textos, no sólo en cuanto a la situación real del alumno, sino a los procesos y resultados que se obtienen en el proceso educativo, en la confrontación dialógica entre los alumnos.

La virtud del maestro de filosofía consiste en diseñar las estrategias más apropiadas que permitan a los jóvenes entender la filosofía como un saber vivo y dinámico, un saber que puede encaminar el sentido de la existencia, encaminar a los alumnos en la pregunta, en el juicio, pero a través de la reflexión, el maestro es el encargado de llevar a cabo esta mediación o equilibrio, la *phrónesis* Aristotélica, en una interrelación dentro del salón de clases que

permita un modelo que respete y propicie el pluralismo, dentro de un proceso pedagógico en el que el proceso mismo consiste en una serie de opiniones e interpretaciones, pero fundamentadas en la tradición y el diálogo.

Educar es suscitar y promover las virtudes en el individuo a partir de él mismo, desarrollar las competencias necesarias para cuando se enfrente al texto escrito, en este caso; filosófico, en el mismo sentido el diálogo se vuelve indispensable, porque la confrontación nos salva de la inconmensurabilidad, nos permite integrar las opiniones, para lograr una mayor aproximación . *Buscar integración, buscar convergencia, pero siempre inexacta, solo aproximativa, sólo proporcional.* (Beuchot, 2007:16)

El maestro puede utilizar su formación pedagógica y didáctica en el aula como herramienta para salvar el vacío, el sinsentido, para ubicar a los alumnos y a él mismo en contexto, traer al alumno con sus circunstancias, su tradición, sus conocimientos, sus prejuicios, sus virtudes en un dinamismo que permita comprender a quien se pretende educar, en un ideal de bienestar en el que él también se encuentra inmerso y dónde puede desarrollar su potencialidad educativa en un ambiente recíproco e interpretativo que jamás se agota.

Héctor Zagal nos sitúa en este camino de educación filosófica, nos cuestiona ¿Cómo lograr que un adolescente sienta el impulso de llevar una vida virtuosa? O ¿Cómo lograr incluso que se interese en un saber que siente tan ajeno como la filosofía? La labor del docente en este sentido es lograr que el alumno vislumbre la importancia de sus acciones y decisiones y que se vea como partícipe y transformador de la realidad. *Durante la adolescencia de forma el temple del ciudadano* (Zagal; 2009:p.58) que se vea cómo un ser virtuoso, un ser importante y constructor de la realidad, a través de su tradición, del ejercicio de sus valores, de tomar en cuenta al otro, del rescate del sujeto en comunidad y que no se asuma como objeto que sólo desea saciar su inmediatez.

Las Instituciones educativas mexicanas piden a los docentes de filosofía en el nivel medio superior, desarrollar las habilidades filosóficas tales como la reflexión, la crítica y la argumentación, sin embargo, nos presentan programas cargados de sólo conocimientos teóricos que deben ser cubiertos en muy poco tiempo, por lo que surge la pregunta ¿Cómo lograr que la filosofía sea relevante, si sólo enseñamos a memorizar teorías que parecen completamente ajenas a sus vidas?

En este sentido un diálogo, por llamarlo de alguna forma “progresivo”, puede ser la manera de hacerlo, un diálogo que inicie con preguntas sencillas o generales que vayan transformándose en más complejas; así con la mediación del profesor y con el apoyo de las teorías filosóficas referidas a casos reales, los alumnos encontrarán las condiciones necesarias para empezar a desarrollar sus habilidades o virtudes personales como la creatividad, la curiosidad por saber, el cuestionar, dentro de un proceso formativo, además de las “competencias” perseguidas por la institución como la reflexión, la argumentación y otras, que por supuesto no serán

alcanzadas en un curso de filosofía, sin embargo, la virtud del profesor estará en colocarlos en el camino que ellos podrán seguir.

El profesor lleva la responsabilidad de todos los que se involucran en el aula, tiene la labor de equilibrar el diálogo, de respetar y promover esa parte propositiva, de lograr la participación de los alumnos, el interés por entender e interpretar las preguntas, sin esperar un ambiente callado y unilateral, ser consciente, de que educar no es lograr que los más sobresalientes y “bien portados” contesten, sino que el diálogo integra a todos los presentes en el aula, quizá la virtud de educar se ejercita más con aquellos que se encuentran más atrapados por la realidad posmoderna, por los paradigmas establecidos y por la apatía hacia el conocimiento, un docente virtuoso debe lograr el diálogo entre todos, esto quiere decir que logró hacer una aproximación, que el texto que son sus alumnos, le habla.

La conversación entre maestro y discípulo es sin duda una de las formas originarias de experiencia dialogal, y aquellos carismáticos del diálogo que hemos mencionado antes son todos maestros y enseñantes que instruyen a sus alumnos o discípulos mediante la conversación. Pero hay en la situación del enseñante una especial dificultad para mantener la capacidad de diálogo a la que sucumbe la mayoría. El que tiene que enseñar cree que debe y puede hablar, y cuanto más consistente y sólido sea su discurso tanto mejor cree poder comunicar su doctrina. Este es el peligro de la cátedra que todos conocemos. (Gadamer, 1975: 26).

Un buen profesor de filosofía es aquel que es capaz de comunicar, pero al mismo tiempo de interpretar, un buen docente de filosofía es aquel que pretende hacer de la educación una virtud, que entiende la tradición, pero que la transmite crítica y reflexivamente, la docencia es una labor transformadora, no domesticadora, una responsabilidad enorme que exige herramientas, que lleven al equilibrio interpretativo, en que todas las opiniones caben, pero con límites y prudencia.